

ALFAGUARA

Unai Elorriaga

Londres es de cartón

---

Phineas está sentado en el tejado número diecisiete. A su lado, en una bandeja, dos manzanas, asadas. Phineas lleva todos los días dos manzanas asadas al tejado.

No es un tejado grande: un niño de diez años no necesitaría más de veinte pasos. Es perfecto para estar sentado, tiene partes con muy poca inclinación. Debajo hay una curiosa casa de tres pisos, comienzos del siglo XX. Es el tejado número diecisiete de acuerdo con la numeración de la estación de trenes.

Todos y cada uno de los tejados se identifican con un número propio, pero no hay ninguna relación entre el número del edificio y el del tejado. De hecho, algunos edificios pueden llegar a tener cuatro y cinco tejados. Phineas aparece cada día en el tejado número diecisiete una hora después de comer.

Phineas mira ahora hacia la estación de tren. Desde el tejado número diecisiete pueden verse sin dificultad tanto la estación como la carretera. Son las dos únicas entradas al pueblo, y no es posible ver las dos desde ningún otro sitio. El hecho es que desde la estación no se ve la carretera, y los que caminan cerca de la carretera no alcanzan a ver los trenes que entran ni a las personas que viajan en ellos. El tejado número diecisiete es el único que vigila las dos entradas.

Phineas ha oído un pequeño ruido por los tejados de la izquierda. No ha dejado de mirar hacia la estación, pero sabe perfectamente que es Musone quien se acerca por su espalda. Phineas conoce los ruidos de Musone; nadie anda por los tejados como él.

Una persona siente un ataque de hipo. Ha pasado tres horas sin poder evitarlo... El hipo le ha enrevesado el cuerpo, le ha intranquilizado. Después de tres horas, el acceso de hipo ha desaparecido sin ninguna clase de atención especial. Esa persona se encuentra ahora mucho más tranquila que antes de que empezase a hipar. Musone es siempre así.

En el mismo instante en el que ha pisado el tejado número diecisiete, Phineas le ha dicho:

—Gracias.

Musone ha contestado:

—De nada.

Musone se ha sentado a metro y medio de Phineas, en el mismo tejado número diecisiete. Después ha dicho:

—¿Ha venido?

—No —Phineas.

Se han quedado callados. Han visto dos siluetas acercándose a ellos por los tejados de la derecha. Vienen a contraluz, y Phineas y Musone se han sentido algo nerviosos hasta que han conseguido verles la ropa: no llevan gabardinas cortas.

Son Datos y Bleuler, evidentemente. Bleuler continúa perdiéndose por los tejados, por lo que Datos se ofrece a acompañarle prácticamente todos los días. La semana anterior Bleuler resbaló en el tejado número veintiocho y tiene una pequeña fisura en una costilla.

Phineas les ha dicho:

—Gracias.

Bleuler ha dicho:

—No hay de qué.

—¿Ha venido? —Datos.

—No.

Han hablado de deportes y sobre todo han mencionado tres. Datos cree saber mucho sobre los tres. Después han hablado de olas, pero no durante demasiado

tiempo. Musone ha dicho algo sobre una chica, y los demás han movido de una manera similar la cabeza. Bleuler ha sido el único que no ha hecho ningún gesto. Bleuler ha vivido en varios países europeos.

Desde que han llegado los dos últimos, el grupo no ha dejado de hablar; culpa de Datos principalmente. En un momento dado, sin embargo, Phineas ha desviado la atención, ha dejado de escuchar a los demás. Ha llegado un tren a la estación, y Phineas se ha centrado en él. Se ha apeado poca gente. Hombres mayores sobre todo. Es verano. Tres niños. A una mujer se le ha enganchado la punta del paraguas en una de las puertas del vagón; ha tenido el tiempo justo para soltarlo antes de que volvieran a cerrarse.

Phineas no ha tardado demasiado tiempo en comprobar que tampoco ha llegado en ese tren. En cuanto la estación ha quedado vacía, ha querido reengancharse a la conversación. No sabe muy bien de qué hablan:

—Sobre todo los hermanos Lumière.

Ha dicho Bleuler.

—Eso es.

Ha dicho Musone.

La temperatura es buena por el viento del norte. La nariz de Bleuler ha empezado a enrojecer, y Musone se ha tumbado encima de las tejas.

No se han movido del tejado diecisiete hasta la noche, como prácticamente todos los días. Phineas ha visto nueve trenes más, pero sin suerte; tampoco ha llegado en los trenes de hoy.

A pesar de que parezca lo contrario, Phineas no olvida la carretera. Sabe perfectamente que, en caso de venir por ella, detendría el coche, casi con toda seguridad, al lado de la estación y entraría a hablar con el controlador, con el jefe de estación. No es tan difícil, por tanto, controlar los coches que entran por carretera. Tampoco hoy ha parado nadie al lado de la estación.

Musone ha sido el primero en marcharse. Phineas le ha dicho:

—Gracias.

—Nada.

Ha dicho Musone desde lejos ya.

Poco después ha sido Bleuler quien se ha levantado. Le ha acompañado Datos, como casi todos los días, por los tejados de la derecha. Le han preguntado si le duele la fisura de la costilla.

Phineas no ha podido escuchar la respuesta de Bleuler, se están alejando. Bleuler, por lo demás, jamás habla demasiado alto; influencia de su padre seguramente.

Phineas se ha quedado solo en el tejado número diecisiete. La noche es cerrada ahora y ha pensado que lo más seguro es que no venga ya, ni en tren ni por carretera. Ha pensado que en caso de que realmente venga, sería extraño que llegara después de que oscurezca, que lo más lógico sería que viniese entre la sobremesa y las ocho de la tarde aproximadamente.

Ha recogido la bandeja con las manzanas y se ha dirigido a los tejados de la izquierda. Las manzanas han vuelto, como cada día, enteras a casa.

